

## LOS DÓLARES DE ASIA ORIENTAL

Los estadounidenses llevan mucho tiempo advertidos de que incurrir repetidamente en un voluminoso déficit significa exponerse al desastre. «Estamos viviendo con dinero prestado y en un tiempo prestado», le dijo Walter Mondale a la Convención Demócrata en 1984, cuando el déficit acumulado del gobierno estadounidense era unos 7 billones de dólares menor que el actual. Tres años después, una avalancha de caricaturas y artículos de opinión presentaban el *crack* bursátil de 1987 como una rescaca atroz, justo castigo a un país derrochador. La acumulación creciente del déficit espantó tanto al primer presidente Bush que renegó, como es sabido, de su promesa, acompañada de la frase «léanme los labios», de no elevar los impuestos. En 1992, Ross Perot protagonizó la candidatura presidencial de un tercer partido con más éxito desde Eugene Debs, convirtiendo en centro de su campaña los ríos de tinta roja que inundaban las cuentas del Estado. De lo que más se jactaba Clinton era de haber conseguido acabar temporalmente con el déficit público, aunque el comercial siguió creciendo durante su mandato.

No se suponía que eso pudiera suceder, ya que el déficit público se venía considerando desde hacía tiempo como causa primera del déficit comercial; pero antes de que se aclarara el enigma llegó a Washington George W. Bush y con sus reducciones de impuestos, guerras y gastos copiosos dirigidos a su base electoral desgarró las suturas que la administración de Clinton había cosido trabajosamente entre el gasto público y los ingresos tributarios. Tanto el déficit público como el comercial alcanzaron pronto niveles que la mayoría de los economistas habría considerado inconcebibles pocos años antes. Las casandras proliferaron mucho más allá de las filas de los demócratas y los conservadores presupuestarios de la vieja escuela; a principios de 2005, el famoso inversor Warren Buffett anunció que estaba tan aterrorizado por la tendencia del déficit que iba a dejar de comprar acciones o bonos denominados en dólares<sup>1</sup>. En el Foro de Davos, celebrado a los pocos días, C. Fred Bergsten, del Instituto de Economía In-

---

<sup>1</sup> «A Word from a Dollar Bear», *Forbes* (10 enero 2005), describe el desapego de Buffett hacia el dólar.

ternacional, advirtió de la posibilidad de una crisis del dólar «en el plazo de unas semanas»<sup>2</sup>. En una conferencia en Stanford un mes después, que fue muy comentada, Paul Volcker, ex presidente de la Reserva Federal, habló de que la economía «patinaba sobre hielo delgado»<sup>3</sup>. Dado que los acusados republicanos dependían de los bajos impuestos y la generosidad del gobierno para permanecer en el poder, y que los demócratas no saldrían elegidos si enarbolaban un programa que planteara explícitamente elevar los impuestos y reducir el gasto, esos hombres no veían otro escenario posible para una inversión de la tendencia permanentemente creciente del déficit que un hundimiento del dólar. En algún momento los extranjeros que ayudan a financiar uno y otro déficit se negarían seguramente a seguir haciéndolo sin esperanza de mejora; se desharían de sus activos en dólares, provocando un *crack* del dólar que obligaría finalmente a los estadounidenses a vivir con sus propios medios.

Pero nada de esto ha sucedido. Los mercados reaccionaron a los malos presagios con la despreocupación de un perro que se sacude el agua que le empapa. A finales de 2005, el dólar estaba un 15 por 100 más alto que en enero, frente al euro, y un 13 por 100 más alto frente al yen; y esto en un año en el que tanto el déficit público como el comercial han seguido alcanzando nuevos récords prácticamente cada mes. He ahí el enigma: los observadores mejor informados declaran que la tendencia que sigue el déficit es insostenible; no cabe imaginar ningún escenario realista en el que dicha tendencia se invierta mediante una iniciativa política, dejando como única posibilidad que sea un hundimiento del dólar el que haga el trabajo; pero ese *crack* del dólar se niega obstinadamente a suceder. Keynes comparó en cierta ocasión el mercado de valores con un concurso de belleza en el que los jueces no eligen a la concursante que juzgan más bella, sino a aquella que cada uno de ellos piensa que elegirán los demás. Y si eso es cierto para los títulos-valores, lo es aún más para los mercados de divisas. Hace ya mucho tiempo que pasaron los días en que eran los flujos y reflujo del comercio internacional los que determinaban el valor de las monedas. El volumen diario de transacciones en los mercados de divisas del mundo alcanza billones de dólares, y en alrededor del 85 por 100 de ellas —en su mayoría especulativas— lo que se compran o venden son dólares. Si hay suficiente gente que crea que los demás permanecerán apegados al dólar en cualquier caso, entonces el dólar no caerá, suceda lo que suceda con los déficit estadounidenses.

No es ningún secreto la identidad de los mayores poseedores de dólares. Son los bancos centrales y otras instituciones financieras de Japón, China, Corea del Sur, Taiwán, Hong Kong, Arabia Saudí y los Emiratos Árabes del Golfo. Para que el dólar cayera, uno o más de estos Estados tendría

---

<sup>2</sup> Véase David SMITH, «Sinking Dollar Could Put the Whole World in a Skid», *The Sunday Times* (30 enero 2005).

<sup>3</sup> Volcker resumió aquella conferencia en «An Economy on Thin Ice», *The Washington Post* (10 abril 2005).

que cambiar de actitud hacia la moneda estadounidense. Pero muestran un compromiso aparentemente tan meditado con la acumulación y atesoramiento de dólares que algunos comentaristas han descrito el actual orden financiero global como «Bretton Woods II», esto es, una prolongación por otros medios del orden internacional centrado en el dólar que prevaleció durante las décadas de posguerra. La etiqueta no explica por qué estos Estados se comportan como lo hacen; pero sugiere que, sea por la razón que sea, tienen motivos distintos a la maximización de las rentas derivadas de su posesión de divisas y les interesa particularmente la prolongación del sistema financiero encabezado por Estados Unidos.

### *Un orden voluntario*

El sistema de Bretton Woods concebido por John Maynard Keynes y Harry Dexter White en 1944 era algo más que un simple reconocimiento de que Estados Unidos saldría de la Segunda Guerra Mundial con una situación de abrumadora fuerza económica y de que cualquier régimen financiero global viable tenía que partir de esa premisa. Exigía una acción institucional específica y la aprobación del FMI para modificar el tipo de cambio de cualquier moneda frente al dólar; y, lo más importante, requería que Estados Unidos mantuviera tanto la voluntad como la capacidad para vender oro a 35 dólares la onza a los bancos centrales extranjeros a petición de éstos, lo cual significaba que Washington tenía que emprender acciones siempre que el déficit comercial amenazara con una pérdida precipitada de oro. Cuando en 1971 la administración de Nixon suspendió la venta de oro, sin poner en práctica medidas restrictivas para revertir el déficit comercial estructural, y sin poder persuadir o intimidar a sus socios comerciales —en particular a Japón— para que emprendieran ajustes compensadores, el sistema se vino abajo. Pero pese a una década durante la cual el tipo de cambio del dólar cayó a plomo, el mundo financiero siguió evolucionando alrededor del dólar y así sigue haciéndolo hasta hoy.

Hay muchas razones para que Estados Unidos se sienta complacido con Bretton Woods II, ya que los ciudadanos cosechan grandes beneficios de ese dispositivo, sobre todo por su posibilidad de financiar impunemente el déficit comercial (lo que el economista francés Jacques Rueff denominó célebremente «déficit sin lágrimas»). Entre otras cosas, ello permite a Washington proyectar su potencia militar en todo el mundo con un coste financiero real muy bajo, ya que el dinero necesario es creado primeramente por la Reserva Federal y luego se compran con él los bienes y servicios precisos en el extranjero, tras lo que vuelve a ser tomado en préstamo por el Tesoro estadounidense<sup>4</sup>. (Técnicamente no importa en qué forma tengan los extranjeros los dólares, ya sea en deuda pública esta-

---

<sup>4</sup> Así, los costes adicionales en que incurrió el Pentágono durante el primer año de ocupación de Iraq fueron aproximadamente iguales a las compras adicionales de títulos del Tesoro esta-

dounidense, en obligaciones de empresas, en acciones o en cualquier otro título que lleve el signo \$. En tanto esos títulos vayan denominados en dólares, permanecen dentro del sistema bancario estadounidense, donde sirven para crear crédito en Estados Unidos.)

Pero si los beneficios para Estados Unidos de Bretton Woods II pueden parecer obvios, los beneficios de los que lo sostienen lo son mucho menos. De hecho, el sistema es curioso cuando menos en dos aspectos: a diferencia de Bretton Woods I, no existe ningún requerimiento institucional formal dirigido a nadie para que lo apoye; y las cargas del ajuste han sido soportadas generalmente no por el principal beneficiario del sistema –Estados Unidos–, sino por sus acreedores. Evidentemente, Volcker introdujo la economía estadounidense en una exprimidora recesionista en 1979, reduciendo la inflación y frenando así la precipitada caída de la capacidad de compra del dólar derivada del colapso de Bretton Woods I. El gobierno de Bush senior elevó los impuestos, mientras que la administración de Clinton consiguió dar lugar a un presupuesto federal equilibrado; pero el gobierno estadounidense habría tenido que adoptar esas medidas en cualquier caso. Washington no actuó desinteresadamente para salvar el sistema global, sino más bien para escapar de una inflación galopante y de unos tipos de interés que aplastaban la economía. El apoyo de los gobiernos japoneses al dólar, en cambio, ha sido la causa principal de los quince años de deflación y escaso crecimiento que viene experimentando Japón desde 1990, mientras que China, con su baja renta per cápita, ha utilizado los ahorros extraídos de sus empobrecidos ciudadanos para financiar el consumo estadounidense.

En un primer momento, fueron los países de la OPEP, encabezados por Arabia Saudí, los que hicieron más por apuntalar un orden internacional centrado en el dólar tras el colapso de Bretton Woods I. Sus inflados ingresos fueron depositados en Londres, donde fueron reciclados por los principales bancos comerciales en forma de créditos a los países subdesarrollados no productores de petróleo para financiar las facturas de sus importaciones. Cierto es que varios países de la OPEP flirtearon con la idea de cobrar a sus clientes en una moneda distinta del dólar, pero por una combinación de razones prácticas y geopolíticas (en aquel momento ninguna otra moneda circulaba en cantidad suficiente y el régimen saudí dependía de la protección militar estadounidense) se mantuvieron apegados al dólar.

Pero desde 1977, cuando se convirtió en el primer país desarrollado que se recuperaba de la recesión mundial de mediados de la década de 1970,

---

dounidense por los bancos centrales de Japón, China, Corea del Sur, Hong Kong y Taiwán. Mientras esos bancos centrales no vendan tales títulos (o dejen de renovarlos cuando lleguen a su fecha de vencimiento), Washington no tendrá que pechar con una carga financiera adicional para emprender una vasta operación militar, más allá del pago de los (relativamente) modestos intereses. No hay por qué subir los impuestos; los estadounidenses no tienen que trabajar más duro para producir más artículos para la exportación, ni tienen que reducir su consumo a fin de pagar a los extranjeros el dinero que les han tomado prestado.

Japón ha venido desempeñando el papel estelar en las operaciones de apoyo al dólar. Fue Japón quien abrió a principios de la década de 1980 las compuertas de su floreciente riqueza financiera para sostener la llamada «revolución de Reagan»: el primer experimento estadounidense de reducir los impuestos sin que ello supusiera idénticas reducciones del gasto. Fue Japón quien bombeó crédito al sistema internacional en las semanas posteriores al Lunes Negro –17 de octubre de 1987–, en el que la Bolsa estadounidense perdió una cuarta parte de su valor en pocas horas. Fue Japón quien financió en gran medida la Primera Guerra del Golfo, vendió millardos de yenes por dólares a raíz de la crisis del peso mexicano en 1995 y siguió comprando títulos en dólares durante la crisis financiera asiática, tras el 11-S y las invasiones de Afganistán e Iraq. Durante los últimos diez años, China se ha unido a Japón como pilar principal de Bretton Woods II. Las reservas oficiales de dólares de este último país pueden incluso exceder los 880 millardos de dólares de los que informó en mayo de 2005; pero cuando se suman a esa cifra oficial las vastas posesiones en dólares de los bancos y empresas del sector privado japonés, queda claro que Japón sigue desempeñando desde hace ya veinticinco años el papel central en el apoyo al valor global del dólar y, por extensión, a la hegemonía estadounidense.

### *El peso del pasado*

¿Por qué? ¿Y para qué? En términos estrictamente económicos, Japón parece tener sólo una razón convincente seria para sus operaciones de apoyo al dólar: siendo como es el mayor poseedor de dólares del mundo, es el país que más tiene que perder en caso de un hundimiento del dólar (aparte, quizá, de Estados Unidos). Japón se encuentra en la situación de un comerciante que ha acaparado un volumen tan grande de determinada mercancía que no puede liquidar sus reservas sin destruir su valor, y entretanto tiene que pagar cada vez más para mantenerlo. Pero los cálculos económicos sólo iluminan una parte de un panorama creado durante quince años, en el que los observadores extranjeros consideraban el sistema financiero japonés al borde de un colapso que obstinadamente se ha negado a suceder. Hay que tener en cuenta también a una elite política que titubea ante realidades que nunca había anticipado y para las que ni su propia historia ni los ejemplos del extranjero ofrecían mucha orientación, así como a un sistema político que sufre una deficiencia institucional profundamente enraizada en su pasado, con una serie de disfraces complejos utilizados por la elite para ocultar las fuentes de su poder. Finalmente, el programa incluye una larga historia de apoyo activo a la potencia extranjera hegemónica en cada momento, con la finalidad de prevenir cualquier amenaza a los alineamientos de poder domésticos.

La toma del poder en 1868 por la elite japonesa moderna se presentó como restauración, más que como revolución, y se produjo siguiendo los procedimientos legales autóctonos vigentes. A diferencia de la revolución

china ochenta y un años después, el último *shogun* no huyó a una isla remota ni estableció un régimen rival con el de Tokio, sino que «devolvió» formalmente el poder al emperador. Pero pese a las apariencias formales de legitimidad, la restauración Meiji fue un golpe de Estado organizado por elementos disconformes de la periferia de la elite existente. Se apoderaron de la antigua institución del Trono, hasta aquel momento una pieza de legitimación prácticamente sin poder, y la utilizaron como capa bajo cuya cobertura aplastaron un sistema feudal de vasallaje y centros de poder casi independientes, centralizando en sus propias manos las instituciones de control políticas y económicas con un despiadado rigor que habría provocado la admiración de Napoleón.

Los samuráis del sudoeste de Japón que convergieron sobre Edo en la década de 1860, la rebautizaron como Tokio (literalmente, capital del este), obligaron al *shogun* a abdicar y trasladaron al emperador y a su corte desde Kioto, no se sentían inclinados a compartir el poder con los comerciantes de Osaka ni a esperar el desarrollo orgánico de las instituciones capitalistas. Pretendían evitar el destino del resto del mundo no occidental –la colonización a manos de las potencias imperialistas– al tiempo que sometían a su férula a un campesinado cada vez más impaciente y empobrecido. Los comerciantes quedaron en general arruinados o expropiados y el campo se exprimió aún más despiadadamente que durante la era de los *shogunes* para extraer todos los recursos posibles con los que financiar la carrera japonesa hacia la industrialización. Los puestos de control en los nuevos bancos e industrias se concentraron en manos de los antiguos samuráis, respaldados por un nuevo mandarinato burocrático organizado según el modelo prusiano, al tiempo que se injertaban en el orden feudal existente instituciones importadas de control social con el fin de evitar la conflictividad interna. Entre esas instituciones estaban el servicio militar obligatorio, un sistema de educación pública militarizado, una remodelación deliberada de las prácticas folclórico-religiosas, convirtiéndolas en un sintoísmo estatal politizado y centralmente administrado, y la inculcación de una ideología hipernacionalista de adoración al emperador.

Durante su dominio de medio siglo –aproximadamente desde 1868 hasta principios de la década de 1920–, los dirigentes del Japón Meiji también jugaron hábilmente y con altas apuestas para situarse ventajosamente en el orden global financiero y militar centrado en la City londinense. Aquel orden se vertebraba mediante la maquinaria de un patrón oro universal supuestamente neutral que, junto a la ley de ventajas comparativas, pretendía dar lugar al mejor de los mundos posibles. De hecho, aquel orden era gestionado por el Banco de Inglaterra y vigilado por la Armada británica. Países como Turquía y Egipto, cuando se quedaban sin oro o plata y suspendían el pago de sus deudas, tenían que afrontar pérdidas de territorios o incluso de la independencia a manos de las potencias occidentales.

Los dirigentes japoneses se mostraron extremadamente sensibles ante la dinámica de poder que subyacía al régimen financiero global de la épo-

ca<sup>5</sup>. El rápido drenaje de oro del país a raíz de la «apertura» del comodoro Perry en 1854 fue causa directa del colapso del shogunato; el tipo de cambio doméstico de oro por plata era de 1:5, tan alejado de la ratio prevaleciente a escala mundial de 1:15 que los avispados comerciantes internacionales se lanzaron rápidamente a comprar cuantas monedas de oro circulaban por el país a cambio de su plata sobrevalorada. Todo el empuje financiero de la subsiguiente industrialización tuvo como motivo primordial la acumulación de oro, o, con mayor precisión, la acumulación de promesas de pago en oro, ya que cuando Japón consiguió de hecho adquirir la propiedad de suficiente oro —extraído como reparaciones a la prostrada dinastía Qing tras la guerra chino-japonesa de 1895— para hacer su crédito aceptable en el extranjero, los dirigentes del país prefirieron comprar la buena voluntad de Gran Bretaña dejando el oro en los sótanos del Banco de Inglaterra, en lugar de llevárselo a Japón. Aquella política fue conocida como *zaigai seika*, esto es, «especies dejadas fuera», y se basaba en la capacidad del «dinero de gran poder» (esto es, dinero utilizado para crear más dinero: oro, reservas bancarias, reservas internacionales) para desempeñar simultáneamente dos papeles: en este caso, como respaldo para la propia creación de crédito de Japón y también como parte de la oferta monetaria de Gran Bretaña.

Keynes describió ese mecanismo en su primera obra publicada importante, *Indian Currency and Finance*, señalando que las ganancias del superávit comercial de India con Gran Bretaña que se quedaban en Londres se convertían en parte de la oferta monetaria británica y no provocaban una pérdida de su capacidad de compra. Keynes fue citado más tarde por un gobernador del Banco de Japón para justificar la *zaigai seika*. Esa política constituiría el telón de fondo financiero para la firma de la alianza anglo-japonesa en 1902, que selló la admisión de Japón en el club de naciones que defendían el orden global existente. En treinta y cuatro años el país había pasado de ser un lugar inhóspito, cuyo futuro como país independiente se ponía en duda, a convertirse en un importante pilar de la hegemonía británica en Asia oriental y en una potencia imperialista por derecho propio. La libertad de acción resultante proporcionó a Japón los medios para obtener en los mercados globales los fondos necesarios para llevar a cabo y ganar la guerra ruso-japonesa de 1904-1905, lo cual propinó un impulso decisivo para la revolución rusa que estalló ese mismo año.

### *Cambio de potencia hegemónica*

Pese a todos sus éxitos, los arquitectos Meiji del ascenso de la respetabilidad global de Japón no resolvieron problemas políticos decisivos, entre

---

<sup>5</sup> El efecto de aquellos acontecimientos acaecidos en Egipto y Turquía sobre el pensamiento de los dirigentes Meiji se describe en E. H. NORMAN, «Japan's Emergence as a Modern State», en John Dower (ed.), *Origins of the Modern Japanese State. Selected Writings of E. H. Norman*, Nueva York, 1975, pp. 223 y 224.

ellos la construcción de instituciones con legitimidad suficiente para determinar la sucesión y otorgar el derecho a gobernar, ya que el poder era teóricamente ejercido en nombre del emperador, quien de hecho no gobernaba<sup>6</sup>. Tras la fachada de instituciones importadas de gobierno parlamentario y la elaborada ficción de la bendición imperial, los hombres que tomaron el poder en 1868 siguieron dirigiendo el país como una especie de oligarquía colectiva, controlando las grandes burocracias que pusieron en pie, pero no consiguieron dejar a sus sucesores ningún tipo de mecanismo que pudiera decidir entre pretensiones de poder enfrentadas. La retirada de escena de los oligarcas Meiji coincidió con el colapso del orden mundial centrado en Gran Bretaña en los campos de Flandes. El vacío de poder en Asia oriental fue una de las muchas consecuencias de la incapacidad de Gran Bretaña y de la falta de voluntad de Estados Unidos para asumir funciones de sostén del sistema tras la Primera Guerra Mundial. Oficiales de rango medio del ejército japonés se apoderaron de las palancas de control en el país y colmaron aquel vacío, llevando la destrucción a sus vecinos y, en último término, a sus propios compatriotas.

Pero la abrumadora derrota militar japonesa en la Segunda Guerra Mundial no dio lugar a una regulación de la sustitución de un gobierno por otro. Pese a la infinita satisfacción de Washington, la ocupación estadounidense no supuso ninguna ruptura fundamental en la naturaleza del gobierno japonés. La Constitución redactada por los ocupantes tampoco resolvió la cuestión de quién tenía el derecho último a determinar la agenda del país del que habían gozado los líderes de la era Meiji. Cierto es que aspiraba a devolver la soberanía a la ciudadanía japonesa, supuestamente representada por los electos a la Dieta, dejando al emperador sólo funciones decorativas; pero las grandes burocracias que determinaban lo que realmente pasaba en Japón seguían sin tener que rendir cuentas a nadie, ya fuera el emperador o la Dieta. El poder judicial seguía siendo independiente tan sólo nominalmente. No había supervisión —ni por los diputados electos, ni por los tribunales de justicia, ni por el monarca— sobre cualquier iniciativa que pudieran tomar las grandes burocracias, así como tampoco rendición de cuentas.

Si bien dos cosas habían cambiado. En primer lugar, las burocracias anteriores a, y presentes durante la guerra, con los medios de coerción física a su disposición —el ejército y el *Naimusho*, o Ministerio del Interior—, estaban fragmentadas o totalmente privadas de poder y sometidas al mando de la Oficina Presupuestaria del Ministerio de Finanzas, aunque los grandes ministerios económicos —el de Finanzas y el de Municiones, rebautizado como Ministerio de Industria y Comercio Internacional— seguían en gran medida intactos. En segundo lugar, Estados Unidos asumió en nombre de Japón las funciones por las que se suele identificar habitualmente a un Estado: proporcionar se-

---

<sup>6</sup> Véase el estudio de Karel van Wolferen sobre el modo en que la cuestión del derecho a gobernar —el problema fundamental de la vida política japonesa— ha atormentado la historia moderna del país, en W. VAN WOLFEREN, *The Enigma of Japanese Power*, Londres, 1989, capítulo 12.



guridad nacional y dirigir las relaciones exteriores. En la mayoría de los países, las cuestiones de seguridad, política exterior y distribución de los fondos públicos entre intereses domésticos en competencia forman el núcleo de la política. Pero con la política exterior y la seguridad fuera del alcance de los propios japoneses y la reconstrucción convertida en prioridad obvia durante la década inmediatamente posterior a la guerra, la discusión política se desvaneció prácticamente; con su desaparición, la infraestructura necesaria —sobre todo una prensa de calidad, vigorosa e independiente y un núcleo de intelectuales públicos— se atrofió.

Con la fusión en 1955 de los dos principales partidos conservadores para formar el Partido Liberal Democrático (Jiyu Minshuto), quedó completada la configuración de la vida política japonesa en la posguerra. Aquella fusión se llevó a cabo para evitar cualquier posibilidad de que la izquierda llegara al poder, algo en lo que Estados Unidos había insistido como condición para concluir la ocupación. Pero el sistema de 1955 también incluía la sublimación de todos los demás objetivos nacionales en la resuelta devoción al crecimiento económico y la aquiescencia frente a la «alianza» entre Estados Unidos y Japón<sup>7</sup>. El objetivo era construir una superpotencia industrial bajo la protección militar estadounidense y en el seno de un marco financiero global estable centrado en el dólar; a la elite japonesa no le preocupaba la sostenibilidad a largo plazo de ninguna de las dos.

Cuando Japón emergió de la devastación de la posguerra y emprendió una renovada apuesta de crecimiento industrial, tan brillante que mereció la etiqueta de «milagro», parecía como si se estuviera reproduciendo la historia de la era Meiji. En el plazo de un par de décadas, Japón volvió a pasar de ser un lugar inhóspito a convertirse en un importante protagonista a la sombra de la superpotencia de la época. De nuevo iba a servir a esa superpotencia como un activo militar crucial frente a los grandes imperios continentales de Eurasia, ahora comunistas; una vez más iba a depositar las ganancias de sus exportaciones en el sistema bancario de la superpotencia dominante en ese momento, proporcionando un apoyo financiero indirecto a la capacidad de ésta para proyectar su fuerza militar; y una vez más su subordinación a un orden global financiero-político gestionado y supervisado por la superpotencia de turno iba a permitir a Japón eludir cuestiones políticas fundamentales.

La estructura política contemporánea de Japón le hace parecerse, así, a una vid floreciente y muy crecida, pero que para no caer debe aferrarse al poste en torno al cual se enreda, en este caso Estados Unidos. Mas esa imagen requiere matizaciones, ya que si el poste mantiene en pie a la parra, ésta se ha convertido, durante los últimos treinta y cinco años, en un sostén cada

---

<sup>7</sup> Esa «alianza» es de hecho un protectorado, ya que no impone a Japón otras obligaciones formales que hospedar las instalaciones militares estadounidenses, mientras que Estados Unidos está legalmente obligado a acudir en defensa de Japón en caso de un ataque.

vez más importante para el poste. Estados Unidos necesita hoy día a Japón en mucha mayor medida que Gran Bretaña lo necesitó nunca. Las empresas japonesas fabrican toda una serie de componentes de alto valor añadido y productos acabados de los que depende absolutamente la supremacía militar y tecnológica estadounidense. El prolongado papel central de Japón en la financiación del déficit comercial y fiscal estadounidense y el mantenimiento del orden internacional centrado en el dólar es, como hemos visto, la explicación clave de la capacidad de Washington para proyectar y mantener una vasta estructura militar global sin tener que imponer a sus contribuyentes cargas tributarias asfixiantes. Desde mediados de la década de 1970, en cada momento de crisis en que parecía que la turbulencia en los mercados de divisas podía obligar a Estados Unidos a vivir con sus propios medios, ha sido la elite japonesa la que ha acudido en apoyo del dólar, del régimen de Bretton Woods II y por extensión del mantenimiento de la hegemonía estadounidense. Como hemos argumentado Mikuni Akio y yo mismo, esto no se ha debido a ningún afecto particular hacia Washington por parte de esa elite, sino a que «identifica su propia supervivencia con la continua acumulación de dólares (de propiedad japonesa) en el sistema bancario estadounidense»<sup>8</sup>. Cualquier alternativa exigiría una reconsideración fundamental de los supuestos del sistema de 1955, lo que podría provocar otra peligrosa y extenuante pugna en el seno de la elite.

### *Fantasías efímeras*

Durante un breve periodo –entre finales de la década de 1980 y principios de la de 1990– la elite japonesa pareció reflexionar seriamente sobre una posible reestructuración fundamental de sus relaciones con Washington, de acuerdo con una línea más independiente. Desde la publicación en 1979 del estudio de Ezra Vogel *Japan as Number One*, se le había venido diciendo –lo que hacían tanto sus propios aduladores locales como un grupo variado de extranjeros aparentemente avisados (yo formaba parte del coro, aunque, como la mayoría de los no japoneses, expresé ciertas reservas)– que estaba a punto de lograr la preeminencia económica global, si es que no la había conseguido ya. Japón parecía haber superado a Estados Unidos en todos los índices significativos de fuerza económica, salvo en el puro tamaño; y aun en esto sólo era cuestión de esperar unos pocos años. En particular, tras el *crack* bursátil de 1987, interpretado en Tokio como un veredicto condenatorio del despilfarro estadounidense y de su debilidad económica, la elite japonesa parecía convencida de que estaba viviendo los últimos días de la hegemonía económica estadounidense.

Evidentemente, Estados Unidos todavía proporcionaba una útil protección militar frente a lo que se consideraba la principal amenaza externa para la seguridad de Japón, la vecina Unión Soviética. Y la capacidad de

---

<sup>8</sup> Mikuni AKIO y R. TAGGART MURPHY, *Japan's Policy Trap*, Washington DC, 2002.

compra residual del mercado estadounidense se consideraba un puente necesario para la asunción histórica por Japón del papel de «cuartel general económico» del mundo, por citar un artículo de *The National Interest* que presagiaba precisamente eso<sup>9</sup>. Pero Japón había tomado ya medidas para contener los daños derivados del *crack* bursátil de 1987. Sus empresas dominaban todas las ramas importantes de las nuevas tecnologías y sus bancos dejaban pequeños a sus rivales extranjeros. El bombeo aparentemente sin fondo de dinero procedente del mercado inmobiliario doméstico posibilitó a los japoneses comprar cualquier activo, en cualquier lugar, por lo que parecía, desde su perspectiva, casi un timo. El Ministerio de Finanzas retiró su histórica oposición a la globalización del yen y emprendió programas de estudio sobre la conversión de Asia oriental en un bloque del yen. Parecía que lo único necesario era el reconocimiento formal de la realidad subyacente: el traspaso de Estados Unidos a Japón de la hegemonía sobre la economía global.

Pero el bombeo de dinero japonés de finales de la década de 1980 se había construido sobre las arenas movedizas de precios del suelo cada vez mayores. Cuando las autoridades intervinieron para frenar la tasa de crecimiento, se encontraron con que habían invertido todo el mecanismo y que ya no podían pararlo. Antes de que el precio del suelo acabara finalmente desplomándose, un sistema financiero japonés que parecía estar al borde del dominio global tuvo que retirarse de los mercados internacionales para realizar una revisión interna obligada en la que desaparecieron algunas de sus firmas más arrogantes en una serie de fusiones forzadas. La industria electrónica japonesa, que había proclamado en las páginas de *Scientific American* su supuesta supremacía en el campo de los semiconductores, observaba con asombro e incredulidad cómo empresas estadounidenses de las que nunca había oído hablar—Apple Computer, Microsoft, Intel, Sun Microsystems, Advanced Micro Devices— se alzaban con el liderazgo en todas las tecnologías de la información importantes de la década de 1990 (si dejamos a un lado como única excepción los teléfonos móviles). Contra todas las expectativas, Estados Unidos consiguió una vez más reducir y finalmente eliminar el déficit presupuestario entre 1990 y 1995 y se vio recompensado con un robusto crecimiento y una moneda fuerte. Entretanto, Japón parecía dar bandazos de una respuesta política incoherente a otra, mientras que su deuda externa crecía a una velocidad que ni siquiera Estados Unidos habría podido igualar.

Durante la década de 1990, se fue asentando gradualmente de nuevo cierto realismo tras la fanfarronería de la «economía de la burbuja». La elite japonesa entendió que estaba afrontando el primer reto fundamental a su control desde 1945. El resto del mundo interpretaba que se trataba de un problema principalmente económico, y de hecho se manifestaba en fenómenos como un PIB estancado, un creciente desempleo, bancarrotas, un tambaleo de las instituciones financieras y la deflación; pero en el fondo se trataba de un reto po-

---

<sup>9</sup> Leon HOLLERMAN, «The Headquarters Nation», *The National Interest* (otoño 1991).

lítico: determinar si el sistema japonés debía reconfigurarse, y de qué manera, para hacer frente a nuevas realidades no previstas en un mundo en el que los viejos métodos ya no parecían funcionar. Para los economistas ortodoxos de gran parte del mundo, la solución de los problemas de Japón parecía obvia: la adopción sin restricciones de las instituciones del capitalismo liberal, esto es, la dirección de las corporaciones por profesionales sin participación en la empresa, el libre comercio, una purga de los grandes fabricantes y bancos no rentables y la venta de sus activos a quienes pudieran gestionarlos con rendimientos más altos, así como mercados transparentes para el control de los trabajadores y las corporaciones, el desmantelamiento de los cárteles y la fijación de precios –para los tipos de interés, el yen, el trabajo, la tierra, los alimentos o la vivienda– por los mercados y no por los burócratas.

Las exhortaciones más sonoras en esa línea provenían de Washington, lo que resulta paradójico, ya que si Japón hubiera puesto efectivamente en práctica esa política, el resultado habría sido probablemente una conmoción en toda la economía que habría obligado a una liquidación a gran escala de las reservas japonesas de dólares y habría reducido bruscamente su capacidad para sostener un orden financiero global centrado en Estados Unidos. Después de todo, los bancos y empresas abandonados a sus propias fuerzas, sin la acostumbrada protección de un sistema burocrático que lo abarcaba todo, habrían sufrido fuertes presiones para hacer cuanto pudieran –incluida la venta de sus activos en dólares– por sobrevivir en una economía de libre mercado para todos. Japón podría haber resurgido después de esa conmoción con una economía más fuerte, como se suele definir convencionalmente; pero en ese proceso su apoyo práctico al sistema de Bretton Woods II habría llegado a su fin.

De hecho nunca hubo ninguna posibilidad real de que los poderosos en Japón cometieran un suicidio político abandonando su control sobre la economía a mercados en los que no confiaban; pero, aun así, las circunstancias de la década de 1990 planteaban problemas formidables: cómo alejar al sistema financiero del precipicio sin provocar un *crack*; cómo gestionar una economía en la que ya no se podía dar por seguro el crecimiento del PIB nominal (PIB real más la tasa de inflación); cómo reducir las expectativas de una ciudadanía hosca y desencantada sin provocar una conflictividad civil real. En lo más alto de sus retos domésticos sin precedentes, tenían que hacer frente a un nuevo orden económico global en el que en la dirección y el ritmo del crecimiento económico se parecía haber pasado de los sectores industriales habituales a aquellos que habían dominado el arte de suministrar series complejas de servicios, algo muy incómodo para un país cuya mayor fuerza económica residía en la fabricación de objetos.

### *¿Un giro neoliberal?*

Al responder a esos retos Tokio siguió lo que, exceptuando el periodo 1931-1945, había sido el principio rector de su política exterior desde fi-

nales del siglo XIX: la subordinación a los intereses globales de la superpotencia del momento a cambio de cierto grado de protección e indulgencia. Gran parte de la opinión occidental ortodoxa, sin embargo, iba a malinterpretar esa reafirmación del lugar de Japón en el orden centrado en Estados Unidos como un giro decisivo hacia el neoliberalismo. Esa confusión se debe en parte a una mezcla de amnesia e ilusiones. Durante una década o más, la prensa financiera, los economistas neoclásicos y los analistas de Wall Street han venido anunciando los peores desastres a menos que Tokio se convirtiera a la religión verdadera y adoptara todas las reformas neoliberales canónicas. Dado que el desastre no se había producido —el sistema financiero japonés no se vino abajo, y sus fabricantes seguían dominando varios sectores clave—, quizá ello se debiera a que las reformas se habían llevado a cabo a hurtadillas. Además, la elite japonesa fomentó deliberadamente la idea de que el país había realizado un giro hacia el liberalismo. El lenguaje y algunas prácticas importadas de lo que a los japoneses les gusta llamar «capitalismo anglosajón» se demostraron útiles, tanto para rebajar las expectativas de la clase media como para promover una mayor eficiencia. La insistencia en hablar de *resutora*, término acuñado a partir del favorito de Wall Street, «reestructuración», más unas pocas pero notorias absorciones extranjeras de empresas en dificultades —como Nissan Motors o Long Term Credit Bank—, sirvieron para concentrar el pensamiento de los directivos y trabajadores asalariados japoneses, enfrentados al horror inconcebible de tener que rendir cuentas a extranjeros más jóvenes que ellos mismos y hasta de perder sus empleos. Y el parloteo neoliberal era, por supuesto, música celestial en los oídos de una superpotencia cuya atención se había visto distraída forzosamente por acontecimientos en otros lugares.

De hecho, hasta enero de 2006 se podía tener la impresión de que Japón se había convertido en otro devoto de los sermones de Wall Street. La jerga de moda sobre la gestión fluía hipócritamente de las bocas de los jóvenes banqueros y empresarios japoneses, los directores ejecutivos peroraban sobre el valor del accionista, en las universidades japonesas (yo enseño en una de ellas) proliferaban los programas de administración de empresas, y «fusiones y adquisiciones» ya no era una expresión soez. Tras una vertiginosa sucesión de primeros ministros incoloros que hacían mutis en cuestión de meses, en 2001 apareció Junichiro Koizumi y representó una convincente escena como reformador decidido a introducir a su país en el siglo XXI. La Casa Blanca lo acogió alborozada mientras la izquierda refunfuñaba oscuramente sobre el sometimiento de Koizumi a la hegemonía neoliberal y globalista de Estados Unidos.

Puede que Japón se muestre sumiso frente a Washington, pero la idea de una conversión generalizada al neoliberalismo debería tomarse *cum grano salis*. Si en los círculos empresariales y financieros japoneses algunos se habían convencido de que una nueva era de intermediarios y de «valor» había sumido en un eclipse permanente a la vieja economía dirigida por los burócratas, entre bastidores seguía siendo el Ministerio de Finan-

zas japonés –y su vástago, la Agencia Supervisora Financiera– el que tomaba las decisiones cruciales. Esto se evidenció en el proyecto para «privatizar» el sistema postal de ahorros, que permitió a Koizumi cosechar su espectacular éxito de septiembre de 2005 en las elecciones para una nueva Dieta. Superficialmente, parecía la perfecta pugna entre los dinosaurios del viejo Japón burocrático y el nuevo orden. La Caja Postal de Ahorros había sido el principal pilar financiero del sistema de 1955, permitiendo coleccionar mediante una densa red de oficinas postales por todo el país el depósito de dinero discrecional más grande del mundo. Éste se transfería tradicionalmente al Ministerio de Finanzas, que utilizaba el dinero para absorber los bonos del Tesoro japonés, financiar proyectos en los distritos de los políticos del PLD y apoyar al dólar. La Caja Postal ofrecía tipos de interés ligeramente más altos, más sucursales y un servicio más amigable que los bancos, tradicionalmente altaneros. Los jefes de las oficinas de correos, particularmente en las áreas rurales, son importantes figuras locales, a menudo estrechamente relacionados con el PLD; no es raro que el puesto pase de padres a hijos.

Koizumi bruñó ostentadamente sus credenciales «reformistas» aprovechando un enfrentamiento con parlamentarios del PLD que se oponían al proyecto de «privatización» del servicio de correos japonés. Éstos entendían que representaba una primera etapa para secarles la fuente de su poder, esto es, las redes de seguidores rurales del PLD cuyos empleos son financiados, directa o indirectamente, por los ahorros postales. Pero la idea de que el proyecto anunciaba el surgimiento de una economía al servicio de los accionistas minusvaloraba el hecho de que había sido escrito por el Ministerio de Finanzas (Koizumi admitió que ni siquiera lo había leído) y pretendía deducir que los burócratas del Ministerio de Finanzas estaban dispuestos a ceder el control de la reestructuración de la economía japonesa a los mercados de capital y los bancos de inversión. Evidentemente, Koizumi aprovechó la ocasión para realizar algunos impresionantes juegos de prestidigitación política. Sus adversarios en el PLD, estrechamente vinculados con el sector de la construcción radicado en las zonas rurales, así como con la burocracia de la Caja Postal, cayeron en su estratagema de que convocaría elecciones si el proyecto era derrotado. Efectivamente, lo rechazaron, permitiéndole definir las elecciones como una opción entre la «reforma» –él mismo y los candidatos que había seleccionado– y los que estaban «contra el cambio»: cualquiera que se le opusiera. La maniobra arrebató al sistema el oxígeno que de otro modo quizá habría permitido a los auténticos defensores de la reforma iniciar un pequeño incendio<sup>10</sup>.

En realidad, la «abrumadora» reelección de Koizumi en septiembre de 2005 reforzó el poder del Ministerio de Finanzas sobre la economía japonesa. El proyecto sobre el servicio de correos japonés fue prontamente reintroducido y aprobado. Nunca hubo ninguna posibilidad de que los

---

<sup>10</sup> Véase Gavan McCORMACK, «El golpe de Koizumi», *NLR* 35 (nov.-dic. 2005), pp. 5-15 [N. del T.].

ahorros postales pudieran retirarse repentinamente de los mercados en los que se utilizan para comprar títulos de la deuda pública estadounidense o japonesa, a fin de obtener una rentabilidad más alta en otro lugar; durante al menos diez años el dinero seguirá en gran medida a disposición del Ministerio de Finanzas, que no tiene ningún deseo de que se disparen los tipos de interés ni de provocar una crisis monetaria. Lo que hizo la nueva ley fue crear una situación que permitiría desviar una proporción menor de los ahorros postales hacia los elefantes blancos rurales y dedicar otra mayor a mejorar las decaídas finanzas públicas japonesas y a reestructurar el sistema financiero.

### *Horiemon*

La opinión pública en el extranjero se dejó seducir, sin embargo, por la idea de que la reelección de Koizumi representaba el amanecer de un sistema turbopropulsado de libertad de mercado, y muchos japoneses cayeron igualmente en el lazo. El símbolo más destacado de la supuesta nueva economía era un joven empresario llamado Takafumi Horie, seleccionado para ocupar un puesto en la elite cuando atravesó su filtro más importante, la matriculación en la universidad de Tokio; pero, en lugar de hacer lo que se esperaba de él –graduarse e incorporarse a las filas de la burocracia gobernante o a alguna empresa importante–, dejó la universidad sin obtener un título. Tomando como modelo los ejemplos de Bill Gates y Steve Jobs, quienes también habían abandonado escuelas de elite, creó una empresa para aprovechar las oportunidades ofrecidas por internet. Su firma, Livedoor Co. Ltd. (Kabushikigaisha raibudoa), creció rápidamente y pronto, con el estilo clásico de Wall Street, y Horie comenzó a lanzar ofertas de adquisición aprovechando su maestría en los nuevos medios para apelar, por encima de las cabezas de los administradores, a los accionistas teóricamente propietarios de las empresas. En ese proceso se convirtió en un ídolo para los jóvenes japoneses, molestos por el supuesto eclipse de su país a manos de Apple Computer y Goldman Sachs. Los escolares lo denominaban «*Horiemon*», cuyo sufijo «*mon*», derivado del inglés «*monster*», suele emplearse en la designación de los héroes infantiles de *manga* (Pokemon, Doraemon).

Horie, vestido con camiseta y vaqueros, se convirtió en una figura familiar en la televisión japonesa, reconviendo a los estirados y encorbataados ejecutivos por su falta de imaginación. Se adecuaba muy bien al parloteo de Koizumi sobre la «reforma» y se presentó en su lista frente a un peso pesado del PLD, Shizuka Kamei, en las elecciones de septiembre. Kamei<sup>11</sup>, apalancado desde hace décadas en el sistema tradicional de comprar votos rurales con grandes proyectos de infraestructura, ganó fá-

---

<sup>11</sup> Uno de los diputados que se opusieron a Koizumi en la pugna por la privatización de la Caja Postal; véase Gavan McCormack, *op. cit.*, p. 11 [N. del T.].

cilmente la reelección en un distrito al que le iba muy bien en los viejos tiempos; pero la candidatura de Horie reforzó la imagen «reformista» de Koizumi y su propia celebridad.

Esa misma celebridad fue probablemente la causa de su caída. El 17 de enero de 2006 todas las emisoras de televisión y de radio y todos los periódicos presentaban con gran relieve a una horda de fiscales irrumpiendo la noche anterior en las oficinas de Livedoor<sup>12</sup>; seis días después, Horie fue detenido. Varios de sus socios fueron encarcelados y de otro se dijo que se había suicidado, aunque las revistas más escandalosas hablaron de asesinato. Lo que vino a continuación fue un clásico escándalo del tipo que ha marcado repetidamente la vida política japonesa desde 1945. Como obedeciendo a una señal, todos los medios de comunicación se lanzaron a vituperar a una figura que pocas semanas antes era presentada como encarnación de la nueva prosperidad. Karel van Wolferen ha argumentado que los escándalos constituyen un rasgo estructural central del orden político japonés, que no está fundamentado en último término en la ley; y que los escándalos corrigen los excesos y dan salida a las luchas por el poder que en otros países se resuelven en los tribunales o en las elecciones<sup>13</sup>. Los fiscales que encarcelaron a Horie no tenían ninguna prisa por presentar una acusación en firme. Tras revolver durante un mes los papeles de su empresa –dando tiempo para que la prensa de calidad y las redes instigaran el equivalente a un linchamiento nacional–, finalmente lo acusaron de falsificaciones sistemáticas en sus informes a los inversores y más tarde de fraude contable.

En Japón los fiscales no comienzan por propia iniciativa los procedimientos contra figuras sospechosas de delitos financieros, ni tampoco actúan por cuenta de inversores disgustados; se mueven sólo a una señal desde el Ministerio de Finanzas y otras burocracias encargadas de supervisar la economía del país. La cobertura concedida por los medios a la caída de Horie suscitaba la comparación con el asunto Enron, y al parecer se había dedicado a dudosos juegos financieros, con gran habilidad para manipular tanto gente como eventos (su táctica favorita consistía en la repetida división de acciones [*stock split*], lo que le proporcionaba una oportunidad para hacer subir su precio mientras las nuevas acciones eran emitidas y las viejas no podían ser vendidas). Horie podía ser de hecho una versión japonesa del timador financiero familiar desde hace mucho tiempo en Occidente, e indudablemente los fiscales podrían acusarle con éxito por algo<sup>14</sup>. Pero los improprios por manipular las cuentas de su empresa recuerdan a cuando en *Casablanca* el capitán Renault se muestra «sorpren-

<sup>12</sup> El miércoles 18 la Bolsa de Tokio cerró veinte minutos antes por primera vez en su historia; el índice Nikkei perdió 465 puntos, en su mayor caída en dos años [*N. del T.*].

<sup>13</sup> «Sukyandaru ni yotte Nihon Kenryoku Kikou wa Ikinobiru» [«La estructura del poder japonés depende de los escándalos»], *Chuo Koron* (octubre 1991), pp. 186-194.

<sup>14</sup> Horie fue finalmente puesto en libertad el 27 de abril de 2006, tras pagar una fianza de 300 millones de yenes (unos 2 millones de euros).



dido, muy sorprendido» por el descubrimiento de las mesas de juego en el café de Rick, mientras se embolsa sus ganancias. Muchas empresas japonesas son campeonas mundiales de trucos contables.

El auténtico «crimen» de Horie fue no haber sabido ver que los embozos neoliberales con que los portavoces japoneses han cubierto su economía en los últimos años no eran en realidad más que otro traje importado, que se arrumbaría como modelo pasado de moda en el momento en que hubiera vencido su utilidad para los auténticos depositarios del poder. Este hábito de tomar prestado un comportamiento –o una jerga– para descartarlo luego ha venido funcionando desde la década de 1860: tomar algo de Occidente, mantener lo que es útil y deshacerse del resto, particularmente cuando desafía la estructura fundamental del poder. Los fiscales dejaron ver lo que estaba realmente en juego cuando uno de ellos anunció que la detención de Horie recordaría a la gente que «la riqueza proviene del trabajo duro». La celebridad de Horie lo convertía en blanco perfecto para un mensaje que entenderían hasta los más tontos: la cháchara neoliberal es buena para Washington, y también puede ser útil como tapadera para violar normas no escritas, como la seguridad en el empleo y los continuos aumentos de salario; pero cualquiera que trate de utilizarla como un medio para trastornar los alineamientos de poder existentes se encontrará convertido en ejemplo de ese proverbio tan popular entre los japoneses: «Si un clavo se sale, hay que hundirlo a martillazos».

La sugerencia de Van Wolferen de que los escándalos del tipo del de Horie son un elemento esencial de un orden político que carece de medios institucionales para impedir los excesos tiene un corolario importante: los escándalos pueden saltarse los controles y cobrar una vida propia, hasta el punto de amenazar el núcleo interno de la elite gobernante. El escándalo Horie está dando lugar a otros: el 5 de junio de 2006 el burócrata convertido en gestor de fondos Yoshiaki Murakami fue detenido y acusado de tráfico de influencias, a raíz de su participación en los negocios de Horie. Murakami es una figura mucho más representativa del sistema que Horie; fue alto funcionario del Ministerio de Industria y Comercio Internacional antes de dejarlo para dedicarse a hostigar a los circunspectos gestores japoneses con una presión de los accionistas de estilo americano. Parecía creer verdaderamente que estaba haciendo el bien además de buscar su propio bien, y posiblemente era el gestor de fondos de inversión más conocido del país; pero su red de relaciones en la elite –una de las razones de su éxito– no impidió que saltara el escándalo en el que se vieron envueltos él y otros con los que hacía negocios, incluido Toshihiko Fukui, gobernador del Banco de Japón, cuya reputación hasta entonces intachable está siendo ahora puesta en duda por sus inversiones en el fondo de Murakami<sup>15</sup>.

---

<sup>15</sup> Fukui ha admitido que en 1999 colocó diez millones de yenes (unos 70.000 euros) en el fondo de inversiones de Murakami [*N. del T.*].

Aunque el escándalo puede alcanzar todavía a más figuras destacadas del sistema antes de apagarse, por el momento ha enfriado notablemente la verborrea acerca de la reestructuración de la economía sobre bases neoliberales. Koizumi, escarmentado por el escándalo Horie, ha demostrado ser capaz de establecer las bases para algunos cambios necesarios —una economía más eficiente y un sistema político más centrado en las ciudades—, sin afectar a las estructuras de poder fundamentales. El flirteo con ideas neoliberales más radicales y desestabilizadoras se ha acabado y un partido de oposición que podría haber impuesto a la burocracia alguna forma de rendición de cuentas ha sido decisivamente derrotado.

### *Un nuevo protagonista*

Además, parece estar afianzándose finalmente una recuperación económica convincente, tras varios falsos intentos. ¿Pero durará? Cualquier trastorno en los mercados exportadores de Japón podría frustrar fácilmente la recuperación, ya que, pese a toda la cháchara sobre la revitalización de la demanda doméstica, esos mercados siguen siendo decisivos para los beneficios de las corporaciones japonesas y para ir pagando la deuda. Desde principios de la década de 1950 las exportaciones han sido la piedra angular del crecimiento japonés, y muy en particular las dirigidas a Estados Unidos. Mientras esto está todavía sucediendo, como puede atestiguar cualquier ojeada a los lamentos de Detroit, en los años recientes han sido igualmente importantes las exportaciones japonesas a China, tanto las físicas como las de tipo financiero. La avidez china de bienes de capital japoneses para producir las exportaciones con las que alimenta el mercado estadounidense ha permitido a los productores japoneses de esos bienes elevar la tasa de utilización de la capacidad existente hasta un punto en que de nuevo estaban haciendo dinero. El flujo de tesorería positivo significaba que se podían consolidar los balances de situación y pagar la deuda, permitiendo al sistema bancario dejar atrás la llamada «crisis de los créditos irrecuperables».

China ha ayudado así a aliviar lo que había llegado a parecer un problema insoluble: la presión abrumadora sobre la estructura de costes de la industria japonesa una vez que se unió a las filas de los países desarrollados. Japón ha tratado de preservar durante mucho tiempo lo que era esencialmente un modelo de «desarrollo tardío»: crecimiento basado en las exportaciones; proteccionismo sistémico; restricciones severas a la participación extranjera; y cárteles que canalizaban el dinero hacia los cofres industriales a fin de compensar la reducción de precios necesaria para asegurar mercados a los que exportar. Pero durante la década de 1990 la diferencia abismal entre los precios japoneses y los vigentes en el exterior fue cerrándose y machacó un cártel tras otro (el término acuñado por los empresarios japoneses era «destrucción de precios»), mientras que el colapso de los precios inmobiliarios paralizaba el mecanismo financiero que había permitido canalizar hacia la industria, sin apenas costes, los

ahorros familiares. Y, se hiciera lo que se hiciera para constreñir las fuerzas de mercado, no habría forma de escapar a la realidad económica de que los chinos estaban dispuestos a trabajar dos veces más que sus homólogos japoneses por un salario diez veces menor.

Pero los dirigentes de la industria japonesa encontraron los medios para hacer frente a esa amenaza a su forma de hacer negocios, emprendiendo lo que equivalía a una división del trabajo con China. Ambos países se comprometieron en una cooperación tácita para apoyar al dólar, permitiendo a los estadounidenses comprar productos japoneses de gran valor añadido –automóviles, máquinas, herramientas, componentes aeroespaciales– y productos chinos baratos, fabricados en gran medida con equipo importado de Japón. Para muchas familias obreras japonesas, el fin de la seguridad en el empleo se ha aliviado en parte mediante oleadas de importaciones chinas baratas de alimentos y ropa. Los mecanismos económicos informales del país –empleo «para toda la vida», renuencia de los bancos a embargar, ayuda mutua entre las empresas de los principales sectores industriales (*keiretsu* o *guruppu gaisha*)– se han visto tensionados, pero siguen funcionando lo bastante bien como para evitar la conmoción final que tantos observadores extranjeros habían predicho. El sistema económico japonés se mantiene esencialmente intacto; mas esa supervivencia ha precisado la aceptación de un tercer protagonista, cuya irrupción ha creado un nuevo conjunto de problemas e incertidumbres. Desde mediados de la década de 1950 sólo había una tarea externa realmente importante para los administradores japoneses: contentar a Estados Unidos. El marco de seguridad proporcionado por Estados Unidos y el acceso irrestricto al mercado estadounidense tenían que protegerse a cualquier precio; y eso constituía esencialmente la política exterior de Japón. Ahora, no obstante, una China impredecible se ha integrado en el panorama.

### *Mirando con rencor al otro lado del Mar del Japón*

La reacción frente a los acontecimientos que tenían lugar en China ha desempeñado un papel central en el pensamiento japonés moderno, desde el colapso del shogunato Tokugawa hasta el presente. La industrialización a marchas forzadas de Japón a finales del siglo XIX fue una respuesta directa a la visión de una China débil y postrada, sojuzgada por las potencias occidentales. Durante medio siglo tras la guerra chino-japonesa de 1895, gran parte de lo que Japón hacía en el extranjero tenía como finalidad impedir el ascenso de una potencia china independiente, mientras apuntalaba la suya propia. La larga aquiescencia japonesa de posguerra al *status* de protectorado estadounidense era en parte, como hemos visto, cuestión de seguir la vía de menor resistencia, pero también se debía a la creencia, mantenida por gran parte de la elite política de Tokio, de que la alternativa a la protección estadounidense sería la incorporación a un nuevo imperio chino como Estado tributario. A medida que se profundiza la dependencia económica de Japón con respecto a China, la razón para

un contrapeso estadounidense es cada vez más obvia; por supuesto para Pekín, pero también para Tokio.

Esto puede explicar parte del histrionismo de las relaciones chino-japonesas durante los últimos años. Para los observadores exteriores, el espectáculo de las manifestaciones antijaponesas en China, de las visitas de primeros ministros japoneses a santuarios donde se conmemora la guerra, de los alborotos sobre la redacción de unos pocos pasajes en los textos escolares de historia, etc., puede parecer chocante. Pero en una región donde la política se ha practicado durante mucho tiempo como teatro, la vistosidad de esas poses sugiere mensajes subyacentes: «No confundan nuestras inversiones con un tributo; no vamos a caer en su órbita»; «Estamos dispuestos a ponerles las cosas muy difíciles si siguen accediendo a las ambiciones hegemónicas de una potencia exterior bloqueando nuestro regreso a la preeminencia histórica que nos corresponde en Asia». Las crecientes tensiones políticas en el mundo bajo la administración de Bush no han hecho más que acentuar esas actitudes. Los chinos saben que los intelectuales radicales dedicados a la política exterior que asumieron puestos de influencia en la Casa Blanca de Bush identificaban a China como el nuevo enemigo de Estados Unidos y que se estaban preparando para una confrontación, hasta que su atención se vio desviada por Osama bin Laden. Aunque Japón se apresuró a mostrarse como el «aliado» perfecto en la guerra de Bush contra el terror, a sus vecinos les parecía cada vez más un pelee estadounidense en el que no se podría confiar nunca.

Cabe decir sin peligro de equivocarse que, a menos que se produzca un realineamiento de la política japonesa —mucho menos probable después de las elecciones de septiembre de 2005—, Tokio seguirá desempeñando el mismo papel clave que ha mantenido durante los últimos treinta años en el sostenimiento del alcance global del poderío estadounidense: el de sostén del dólar estadounidense. Pero no puede seguir actuando solo; ahora depende de una China que está «en el juego». ¿Qué factores determinan la política correspondiente en Pekín?

El gobierno chino puede dar la impresión de una orgullosa autosuficiencia; se trata después de todo de un régimen que ha presidido la más rápida mejora del nivel de vida en la historia humana, un régimen que tomó en sus manos una ruina de país y lo ha convertido en una gran potencia que despierta respeto o recelos en todo el mundo. A pesar de ello, se ve no obstante acosado por el temor al desorden y a que se produzcan desafíos a su legitimidad básica. Considérese la histeria con la que el gobierno de Pekín reaccionó frente a la aparición de una «nueva religión», la del Falun Gong, o a la posibilidad de que pudieran difundirse las memorias de Zhao Zhiyang. Un gobierno seguro, autosuficiente, no convertiría la supresión de un culto o de las memorias de un líder fallecido en importantes objetivos políticos, ni dedicaría inmensos esfuerzos a controlar en internet los comentarios desfavorables que se le puedan dirigir. Pero para los miembros de una elite política que vio las vidas y carreras de sus padres destruidas por

el caos de la Revolución Cultural no cabe menospreciar ninguna amenaza a la paz social o la estabilidad. En cuanto a su legitimidad, el Partido Comunista chino se presenta hoy como el auténtico sucesor del mandarinato que gobernó China durante miles de años. La credibilidad que pueda tener deriva menos de los postulados marxistas que de ideas milenarias de la filosofía política china; entre ellas el derecho automático a gobernar de la clase educada y el Mandato de los Cielos, que estipula que la prosperidad y el orden demuestran por sí mismas la legitimidad de los gobernantes, mientras que la pobreza y el desorden indican lo contrario.

### *Los dólares de China*

¿Qué papel desempeña en este panorama la tenaz insistencia de China en mantener una parte tan grande de su riqueza nacional en dólares? China necesita crear unos 10 millones de nuevos empleos al año para evitar un desempleo políticamente peligroso; los líderes chinos son muy conscientes de que un gran número de jóvenes ociosos supondría la receta más segura para el desorden político. La estrategia para crear esos empleos conlleva la continua transferencia de la capacidad productiva de otros países –principalmente Estados Unidos– a China. Los productos de las fábricas chinas son vendidos sobre todo en el extranjero, y Estados Unidos es su principal cliente. Prácticamente todo el mundo –no sólo Estados Unidos– paga sus importaciones de China con dólares, muchos de los cuales son atesorados como reservas de divisas, en gran parte en forma de títulos de la deuda pública estadounidense, esto es, financiando directamente el déficit público estadounidense.

Para cualquiera que tenga cierta capacidad para los números, las pruebas de esta estrategia resplandecen al examinar las estadísticas de la balanza de pagos china como los destellos de las luces de un automóvil de la policía. La mayoría de los países con superávit por cuenta corriente (comercio más transferencias y pagos de dividendos e intereses), como Japón, recicla el dinero mediante la concesión de créditos y la realización de adquisiciones en el exterior, o la consecución de operaciones similares. Como demuestra su multitud de adquisiciones de alto perfil en todo el mundo, China está reciclando parte de lo que gana en el comercio para comprar minas, empresas y pozos de petróleo en el exterior. Pero la mayor parte de los flujos de inversión llega a China en vez de salir de ella, financiando las fábricas que salpican el paisaje chino y los rascacielos que se multiplican en sus ciudades. Entretanto, el superávit chino por cuenta corriente se traduce en una vasta acumulación de dólares. Piensen lo que piensen los líderes chinos sobre Estados Unidos, no pueden hacerse ilusiones de que los dólares que han acumulado puedan canjearse algún día por algo que se parezca a su valor nominal actual. Se ha sugerido que China podría convertir sus reservas en títulos de la deuda pública estadounidense en otros instrumentos que ofrecen mayores rendimientos –por ejemplo, acciones, o incluso instrumentos no denominados en dóla-

res— y utilizar el flujo de renta resultante para reestructurar empresas estatales poco rentables. Políticamente, esas empresas no se pueden cerrar, ya que siguen suponiendo el sustento de gran parte de la población; pero también constituyen una especie de agujero negro para las finanzas chinas, que amenaza absorber todo el sistema financiero nacional en una implosión arrastrada por la deuda, a menos que se pueda hacer con ellas algo mínimamente rentable<sup>16</sup>.

El problema que presenta la sugerencia de que China financie una reestructuración de las empresas estatales vendiendo sus reservas de dólares es que se ha convertido en un jugador demasiado grande. Cualquier intento de desplazar una proporción significativa de sus reservas fuera del mercado de la deuda pública estadounidense corre el riesgo de precipitar un hundimiento del mercado de bonos estadounidense, que arrastraría tras de sí a otros mercados y frustraría el objetivo buscado. Lo que ocurrió cuando el Banco Central de Corea del Sur insinuó en febrero de 2005 la posibilidad de diversificar su cartera y deshacerse de parte de sus títulos de la deuda estadounidense es un caso digno de tener en cuenta: tanto el dólar como los bonos estadounidenses cayeron en picado, haciendo que los coreanos se precipitaran a negar tal propósito. Las reservas coreanas de bonos públicos estadounidenses, de 69 millardos de dólares, alcanzan menos de la décima parte de las que posee China. Esto deja a China con su actual estrategia como única alternativa: mantener en marcha los motores del crecimiento con las exportaciones por un lado y un flujo constante de inversiones extranjeras por otro. Si el crecimiento rápido se mantiene durante un tiempo, China espera presumiblemente que el porcentaje de la riqueza total del país comprometido en empresas estatales sea lo bastante pequeño para resultar manejable en caso de estancamiento o recesión.

China también espera que si, o cuando, el régimen financiero global centrado en el dólar se venga abajo, contará con una economía lo bastante desarrollada como para que el yuan pueda asumir su lugar entre las principales monedas del mundo sin la necesidad del respaldo externo que proporcionan actualmente las reservas en dólares del país. Esto permitirá afrontar el colapso de la capacidad de compra estadounidense cuando Estados Unidos se vea finalmente obligado a vivir de acuerdo con sus propios medios.

### *¿Cálculos finales?*

Evitar ese colapso es, no obstante, endiabladamente difícil; y no puede haber ninguna seguridad de que los mercados esperen cortésmente hasta

---

<sup>16</sup> Véase, por ejemplo, Deepak LAL, «Ending China's Financial Repression. Foreign Exchange Reserves and State Enterprise Reform», artículo para la Conferencia Monetaria Anual del Instituto Cato «Monetary Institutions and Economic Development», Washington DC, 3 de noviembre de 2005.

que el sistema financiero chino sea lo bastante robusto como para aguantar el cataclismo, ya que éstos están inquietos en todas partes y sus temores son casi infinitos. El aumento de la inflación en Estados Unidos; un presidente novato de la Reserva Federal que todavía tiene que afrontar su primera crisis real; la administración de Bush políticamente paralizada; la implosión de la burbuja inmobiliaria estadounidense; la precipitada subida de los precios de determinadas mercancías; la amenaza siempre presente de una interrupción calamitosa del flujo de petróleo como consecuencia de los acontecimientos en Oriente Próximo; el galopante déficit comercial y presupuestario estadounidense; la preocupación por el sistema financiero chino... Cualquiera de esos motivos o algún otro podría desencadenar una huida aterrorizada del dólar que sobrepasaría la capacidad y voluntad de los bancos centrales de Asia oriental para contener la avalancha.

En los círculos financieros de Tokio se habla de que el Ministerio de Finanzas ha concluido que el desequilibrio global es ya demasiado grande; que se han alcanzado por fin los límites de la capacidad de apoyo de Japón al dólar. Existe una posibilidad real de que Japón deje de tirar dinero a cambio de nada en la próxima crisis del dólar y se limite a mirar, si bien el precio por ello sería alto: una vez que el dólar entre en caída libre y el yen supere su máximo histórico anterior de 79 yenes por dólar, Japón tendrá que afrontar la cancelación de gran parte de su tesoro acumulado en dólares y la pérdida potencial de cientos de miles de empleos en la industria. Pero Japón ha aprendido mucho durante los últimos quince años sobre cómo afrontar y dispersar el dolor de las pérdidas de empleo; Akio Mikuni ha sugerido que la economía japonesa, liberada por fin de la carga deflacionaria que supone mantener vastos depósitos de dólares ociosos (ociosos al menos en lo que se refiere a Japón), podría encontrar nueva fuerza en una era de un yen muy revaluado<sup>17</sup>. Entre otras cosas, la nueva capacidad de compra de las familias japonesas podría no sólo ayudar a compensar esa eventual pérdida de empleos, sino también facilitar por fin el elusivo desplazamiento a una economía impulsada por una demanda doméstica vibrante más que por las exportaciones, lo que constituye el objetivo público de los gobernantes japoneses desde hace más de una generación. Se puede argumentar que Japón está en mejores condiciones ahora para afrontar el cataclismo económico de una crisis del dólar que en cualquier otro momento de los últimos veinte años.

El posible cataclismo político es una cuestión totalmente diferente. El colapso del dólar se llevará consigo la hegemonía estadounidense; Estados Unidos se verá en dificultades para mantener su alcance militar global en un mundo en el que tendrá que conseguir euros o yenes para pagar a sus acreedores extranjeros, en lugar de estafarlos con papeles impresos por el gobierno estadounidense. Cualquiera que sea la forma que adopte, el final de la hegemonía estadounidense supondrá el regreso redoblado de la

---

<sup>17</sup> Akio MIKUNI, «Doru Yasu Koso Nippon no Chiansu» [«Es la caída del dólar lo que dará su oportunidad a Japón»], *Voice* (agosto 2006), pp. 196-203.

cuestión política central en Japón, esto es, el derecho a gobernar; en particular porque puede venir acompañada por una seria agitación en el vecino más importante de Japón. En la actualidad no hay ningún sustituto obvio para el mercado estadounidense en cuanto a proporcionar la demanda con la que mantener el tipo de crecimiento que China necesita para poder olvidar la amenaza siempre acechante de una crisis financiera interna, a menos que ese papel lo pueda cumplir el propio Japón.

El único intento japonés en los últimos 150 años de ir por su cuenta fue un desastre. Por supuesto, desde entonces ha pasado mucha agua por debajo de los puentes. Los destellos dispersos que llegan hoy día desde la extrema derecha del abanico político japonés –la nueva insistencia en el «patriotismo» en las escuelas; la creciente aceptación que logran discursos revisionistas sobre los años de guerra; la evidente ansia que muestran los círculos conservadores de una política exterior enérgica respaldada por un ejército fuerte– no han llegado todavía a combinarse para producir la histeria e intimidación de la década de 1930. Pero, desgraciadamente, no existe ninguna señal real de que Tokio haya construido el tipo de infraestructura institucional capaz de orientar un nuevo curso prudente para el país si éste se escabulle del abrazo estadounidense. Ésa puede ser, de hecho, la razón última de que, en caso de una crisis del dólar, Japón acuda una vez más a salvar el orden financiero internacional basado en el dólar: el miedo a la incapacidad para afrontar lo que le espera más allá. Pero si Japón elige cruzarse de brazos y mirar, o si su intervención es insuficiente para impedir el final de lo que hemos llamado Bretton Woods II –una posibilidad real, dado que los desequilibrios de hoy día son mucho mayores en términos absolutos y relativos que los de finales de las décadas de 1970 y 1980, cuando la intervención japonesa fue decisiva–, es probable que Tokio tenga que afrontar todo tipo de nuevas realidades no previstas. Éstas podrían ir desde una retirada estadounidense de Asia oriental hasta demandas perentorias por parte de Washington de que asuma la mayor parte de la carga financiera que supone la presencia militar estadounidense en la región, o desórdenes políticos y económicos en China, Taiwán y la península coreana.

El empeño del primer ministro Koizumi en acudir al monumento a los caídos en Yasukuni es un espectáculo profundamente desmoralizador para cualquiera que espere de Japón la suficiente madurez política como para afrontar la turbulencia que se desataría en Asia oriental como consecuencia de un colapso del dólar. No es tanto el acto en sí mismo –por irresponsable y ofensivo que sea–, sino lo que muestra sobre el problema estructural de la política japonesa que viene agobiando al país desde la época Meiji. Gran parte de los comentarios suscitados por la ceremonia en Yasukuni se deriva de la presencia de criminales de guerra convictos entre los centenares de miles de víctimas japonesas de la guerra a quienes está dedicado el santuario<sup>18</sup>. Pero

---

<sup>18</sup> La lista de muertos es de casi dos millones y medio, entre los que figuran al menos catorce ministros y altos mandos del ejército japonés, que según la propaganda del propio



lo que realmente pone los nervios de punta a los vecinos de Japón es la visible presencia de Yasukuni como resto no reformado del aparato de Estado sintoísta y de la adoración al emperador durante la década de 1930. Con su museo que glorifica la guerra de Japón contra el resto de Asia, Yasukuni es un recordatorio constante de la posibilidad de otra orgía salvajemente destructiva en una cultura política que todavía no tiene mecanismos institucionales para imponer la rendición de cuentas.

El propio Koizumi es un caso digno de mención. El puesto de primer ministro es excepcionalmente débil en Japón; no sólo debe ser apoyado, sino guiado por uno u otro elemento de la burocracia para poder realizar casi todo. Pero el propio puesto y sus poderes *de iure* le dan cierto margen de maniobra, en particular cuando se bloquean las restricciones habituales. En este caso, las restricciones deberían haber venido del Ministerio de Asuntos Exteriores, que en el pasado había sido capaz de poner límites a algunos de los predecesores de Koizumi igualmente propensos al nacionalismo. Pero un Ministerio desmoralizado que todavía se está recuperando de acontecimientos que tuvieron lugar al principio del mandato de Koizumi ha sido incapaz de impedirle que cause estragos en las relaciones de Japón con sus vecinos más próximos. No puede impedir su obstinada insistencia en demostrar que está por encima de cualquier influencia exterior, exhibiendo su adhesión a la encarnación institucional del capítulo más sombrío del pasado japonés. Muchos otros miembros de la elite japonesa, en particular de los círculos empresariales, están horrorizados por la intransigencia de Koizumi, pero no tienen forma de llegar hasta él, y para su sucesor será políticamente difícil interrumpir las visitas; demasiados japoneses lo considerarían ahora como una capitulación frente a la presión extranjera. Koizumi ha creado un problema donde no lo había: una pérdida inevitable de autoridad para alguien, en algún lugar, evolucionen como evolucionen las cosas; lo cual resulta peligroso en una región en la que tales cosas se toman con mucha seriedad.

China y Corea ven una provocación descarada en la actuación de Koizumi. Las visitas a Yasukuni refuerzan sus sospechas de que Japón es, en último análisis, impredecible y peligroso. Es, por supuesto, posible que el colapso del poderío estadounidense en Asia oriental que acompañaría a una implosión de los mercados del dólar alerte las mentes de las personas dotadas de poder en Tokio y Pekín, por no mencionar a sus homólogos en Seúl, Pyongyang y Taipei, y éstas sepan crear un acomodo razonable de los intereses nacionales en competencia y un orden político, económico y financiero duradero en la región, capaz de reemplazar la actual dependencia de las exportaciones al mercado estadounidense. Desgraciadamente, ni la historia ni la realidad contemporánea ofrecen mucha tranquilidad al respecto.

---

santuario «fueron enjuiciados cruel e injustamente como criminales de guerra por un tribunal títere de las Fuerzas Aliadas» [N. del T.].